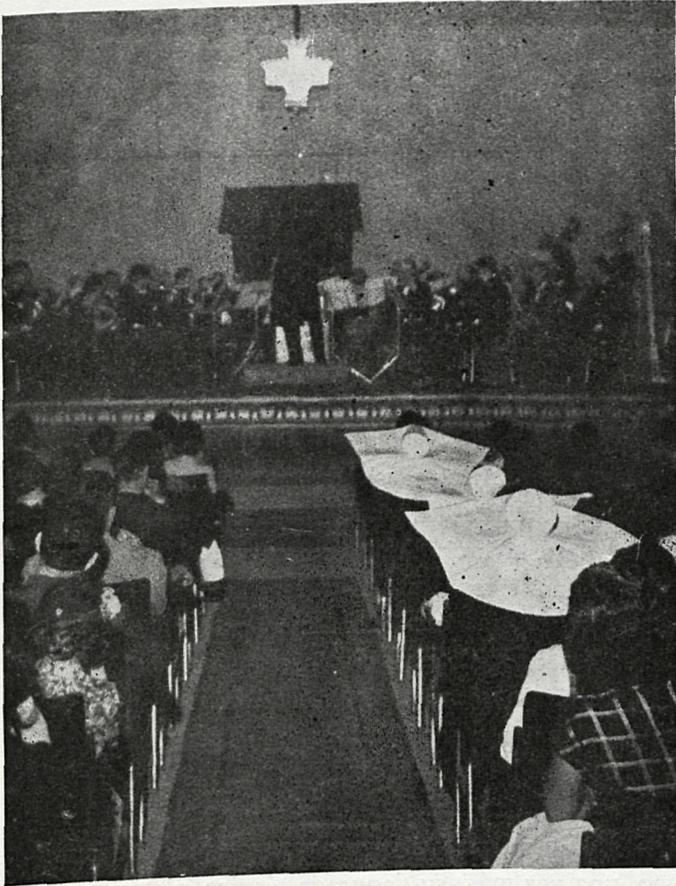


# CICLO DE CULTURA MUSICAL DE LA DIPUTACION EN LOS COLEGIOS PROVINCIALES



*El Concierto de clausura se celebró en el magnífico teatro del Instituto Ramiro de Maeztu, repleto de selecto público y de los alumnos de los Colegios provinciales.*



LA Diputación Provincial de Madrid, a través de sus Secciones de Cultura y Prensa y Propaganda, se ha preocupado de ampliar la formación cultural de los acogidos en sus Establecimientos docentes, mediante la organización del primer ciclo de cultura musical.

En esta ocasión ha sido, por tanto, el noble arte de la música el llamado a completar dicha formación, con el fin de que los alumnos descubran las bellezas de la música y establezcan contacto con el arte de los sonidos, y para estimular el sentimiento artístico de los niños se establecieron en metálico distintos premios para los mejores trabajos que más fielmente reflejen las sensaciones percibidas en estas audiciones.



*El Director de la Orquesta, Maestro Julián García de la Vega, en un momento de su magnífica interpretación.*

*S. A. R. el Infante D. Luis Alfonso de Baviera y Borbón, asistió al Concierto de clausura acompañado de D. Antonio Almagro.*



*Las alumnas del Colegio de las Mercedes asistieron, como el alumnado de San Fernando y la Paz, al Concierto de clausura. En sus rostros se aprecia el deleite y el interés que les proporciona la obra que están escuchando.*

Para tan importante misión —esta es la primera vez que de una forma decidida y seria se acomete tan delicada empresa— era preciso que se reuniese en la persona rectora de estas sesiones musicales ilusión de juventud, sólida formación musical y experiencia, y por esto fué elegido como protagonista de dichas jornadas el prestigioso director de orquesta, maestro Julián García de la Vega, recientemente galardonado en Austria, que al frente de las Orquestas de Cámara de Madrid y Clásica, y con programas confeccionados dentro de un criterio formativo, en los que estaban representadas las obras más características de la música universal, desarrolló, con gran éxito, el referido ciclo en los Colegios provinciales de Nuestra Señora de las Mercedes, Nuestra Señora de la Paz, y de San Fernando.

Cada una de estas sesiones se vieron favorecidas con encendidas manifestaciones de entusiasmo del simpático y bisoño auditorio, que premió con sus aplausos la labor de los intérpretes. Estas jornadas, seguidas con interés creciente, culminaron en el concierto de clausura celebrado en el teatro Ramiro de Maeztu, que tuvo caracteres de singular acontecimiento, tanto por la calidad interpretativa del programa como por la presencia de S. A. R. el Infante don Luis Alfonso de Baviera y Borbón, del Presidente de la Corporación provincial, Marqués de la Valdavia; de los Diputados provinciales señores Lostáu y Puig, así como por la asistencia de los destacados compositores Guridi, Ruiz de Luna, Muñoz Molleda, Gascón, Javier Alfonso y Ramírez Angel, que en unión de competentes críticos musicales y de calificados afi-

cionados a la música, presididos por la venerable figura de don Antonio Almagro, brillantaron extraordinariamente esta inolvidable sesión. Es digno de destacarse cómo estas ilustres personas compartían su exaltación artística con los pequeños escolares para quienes iba dirigido este cálido mensaje.

Merece también mención especial la valiosa colaboración del extraordinario violinista Luis Antón, Catedrático de Virtuosismo del Real Conservatorio de Música de esta capital, que al interpretar el «Concierto en «Mi» menor», de Mendelsohn, puso de manifiesto, una vez más, su depurada técnica, elegante dicción y exquisito arte. Tanto él como el maestro Julián García de la Vega y la Orquesta de Cámara de Madrid, por la dignidad artística de sus versiones y la respetuosa y fiel traducción de las partituras, vieron premiada su labor con grandes ovaciones, compartidas por el compositor Muñoz Molleda, autor de la obra «La niña de plata y oro», brillantemente interpretada.

Ovaciones que, al sucederse una y otra vez, iban sin duda dirigidas, también, en unión de las mejores frases de elogio de la crítica musical, allí presente, para quienes hicieron posible la realización del ciclo, tan instructivo y plausible.

Sólo nos cabe decir que el resultado de esta primera fase educativa no ha podido ser más satisfactorio, ya que, según nos informan, los alumnos han demostrado con sus trabajos de redacción que los conciertos han dejado en ellos profunda huella. ¡Enhorabuena, por tanto, a todos!

(Fotos Leal.)



*Alfonso XI preside las Cortes de Alcalá de Henares de 1348. (L. Herreros, pint.)*



# NOTAS HISTORICAS



## La provincia de Madrid, retaguardia de la Reconquista

*R*  
**Del Rey Santo  
 al Rey Cruel**  
 (Siglos XIII y XIV)

**C**ON Alfonso VIII terminó definitivamente la reconquista del territorio que hoy ocupa la provincia madrileña. Después de Las Navas, la suerte de los fanáticos almohades, incluso en toda la Península, quedó resuelta en su contra. Aún resistieron hasta 1235, pero derrotados en España por los cristianos y en su propia casa africana por los merinidas, sus parientes de raza y culto, hubieron de abandonar los sueños de revancha de restaurar los días gloriosos de Almoravides.

Alfonso VIII dió a los árabes un golpe decisivo, mas no de efectos letales inmediatos. Hombre de su época, contentóse con satisfacer sus apetitos personales y retornó a Castilla sin más consecuencias que dejar dictada la sentencia de muerte mahometana. La ejecución quedó en suspenso por más de dos siglos.

En contraste con las debilitadas energías árabes, surgieron en el campo cristiano las más fuertes figuras de la Reconquista, y tras los tres Alfonsos (VI, VII y VIII) vinieron Fernando III, Alfonso X, Sancho IV y Alfonso XI, que dan a aquélla un giro de miras mucho más precisas y concretas. Antes de acabar el siglo XIII, sólo quedó el reino de Granada como gigantesca cabeza de puente árabe enclavada en tierra española, y aún cabeza de puente no de avanzada, sino de retaguardia, sin fuerzas para intentar un asalto de contraofensiva general, y sí sólo para resistir y procurar sostener una situación de coexistencia bélica el mayor tiempo posible, a base de pagar por ello un elevado tributo al rey de Castilla.

Lo que no pudieron contemplar y comprender los ojos y el cerebro contemporáneos de aquellos siglos de reconquista, lo ven y entienden los de hoy tan clara y expresivamente que pudiera reproducirse en un

gráfico. Dos etapas, bien señaladas, marcan el dilatado período histórico que separa Las Navas de la toma de Granada, el año 1212 del 1492, Alfonso VIII de Isabel la Católica: una, ocupada por los grandes reyes Fernando III, Alfonso X, Sancho IV y Alfonso XI, que termina con el trágico reinado del joven Plantagenet Pedro I; otra, que abarca la dinastía de los Trastámara, desde el fratricida Enrique II al impotente Enrique IV. Todo el período está comprendido y hasta limitado por el gótico, que también tuvo sus dos épocas dignas de las dichas históricas: la de líneas sencillas y puras de su juventud, y la de retorcimientos y llamaradas en piedra que le acompañaron a bien morir.

La primera etapa (Fernando III-Pedro I) va a ser el tema del presente artículo, limitado, en el espacio, al territorio de la actual provincia de Madrid (1), y en el contenido, al simple relato de hechos, dejando para el próximo número de la revista CISNEROS, al igual que hemos hecho con los reinados de Alfonso VI, Alfonso VII y Alfonso VIII, el estudio de su correspondiente civilización gótica.

\* \* \*

Después de Alfonso VIII la provincia dejó de ser avanzada de guerra para trocarse en retaguardia. No llegaban ya a ella las cimitarras y las tropas árabes, pero sí las levadas de hombres para sostener la lucha de los ejércitos castellanos en Andalucía y en las fronteras navarro-aragonesas, cuando no en rivalidades intestinas. El territorio madrileño era paso casi obligado en los constantes desplazamientos de aquellas Cortes trashumantes, en continuo movimiento viajero de villa en villa y de castillo en castillo, utilizando las viejas calzadas romanas y atajos a campo traviesa. Alcalá de Sant Yuste —nombre árabe y apellido cristiano—, que empezaba a ser más conocido por el aditamento geográfico de Fenares o Henares (2), San Martín de Valdeiglesias, Cadalso, Buitrago, Torrelaguna, etc., constituían altos preciosos para el ir y venir de reyes y caballeros. Alcalá, rico señorío prelaticio toledano desde Alfonso VII, iniciaba su carrera ascendente como centro político e intelectual de la provincia, sin otra nubecilla celosa que la de Madrid, villa de la Corona. Una y otra se elegían para reunir Cortes y Concilios, sus alcázares alojaban, con más frecuencia y por más tiempo que los castillos de otras villas, a los reyes y su complicado séquito, y los sucesos históricos repercutían en ellas con mayor sensibilidad. Por eso sus nombres suenan más que otros madrileños en las crónicas medievales.

Reinaba a la sazón el niño rey Enrique I (1214-1217), único hijo varón superviviente de Alfonso VIII y Leonor de Inglaterra. El ambicioso conde de Lara se había impuesto a la tutela de la hermana, la recta, entera y previsora doña Berenguela, ex reina de León al ser repudiada por su esposo y primo Alfonso IX y anular el matrimonio el Papa Inocencio III. Sólo contaba Enrique I trece años de edad y tres de rey cuando, en 1217, hallándose jugando en el patio del palentino palacio episcopal, en unión de otros jóvenes de su tiempo, recibió en la cabeza un golpe tan violento que le produjo la muerte a los pocos días. La tradición aclara fué el fatal objeto regicida una teja, que se desprendió casualmente del alero que adornaba la parte alta del patio. Los *Anales Toledanos* dan la versión, más verosímil, de una típica imprudencia en el juego: «trevellaba con sus mozos, e firiole un mozo con una piedra, non por su grado». Caso fortuito o imprudencia, el efecto fué el mismo, y a los once días, tras un toscó intento de trepanación, el cuerpo del Rey recibía sepultura en el monasterio burgalés de Las Huelgas, cerca de los de sus padres (3).

La teja o piedra palentina, unida al gran desinterés personal de la enérgica Berenguela, digna precursora de María de Molina e Isabel I, dejaron libre el paso a Fernando III, el providencial hijo habido del rey de León. La renuncia de Berenguela al trono castellano, que por derecho le correspondía, en favor de su bien amado hijo Fernando, heredero a su vez del leonés, como malquisto hijo de Alfonso IX, produjo la unión definitiva, en una sola persona, de los dos grandes reinos cristianos. Ello no fué, empero, ni fácil ni rápido. En Madrid se sabe hubo de vencer una tentativa para sitiarle, junto con su madre, en el monasterio de San Martín, adonde había llegado desde Valladolid, recién proclamado, para recibir reiteración de juramento. Castilla tuvo que defenderse de los ataques usurpadores de Alfonso IX, apoyado por los Lara, y León hubo de ser dominado por el desheredado Fernando, pospuesto por sus hermanastras a la muerte de Alfonso IX. El tesón de Berenguela y la fe y valentía de Fernando dieron el triunfo a madre e hijo frente al padre, más violento que eficaz. La paz final se alcanzó por convenio, ya muerto el Rey de León. Dos mujeres, las convidas Berenguela y Teresa, firmaron el histórico tratado, verdadero paradigma de sensatez, difícil de imitar por la violenta diplomacia masculina de entonces y aun de ahora.

Fernando III (1217-1252) heredó de su madre, y más atrás de su abuela, la hogareña reina Leonor de Inglaterra, tanto las virtudes es-

pirituales, que él mejoró al máximo, como las materiales de inteligencia, energía y perfecto equilibrio de juicio, que le dieron, respectivamente, un puesto en los altares y las conquistas terrenas de Córdoba, Murcia, Jaén y Sevilla. Fruto común de ambas virtudes fueron las catedrales de Burgos y Toledo, iniciadas bajo su reinado, en plena floración del gótico, cuyos primeros brotes aparecieron en los tiempos de su abuelo, Alfonso VIII, en las naves del monasterio de Las Huelgas.

El siglo de Fernando III fué siglo de santos, y aún de Reyes santos. Primo hermano suyo era Luis IX de Francia, San Luis (4), a quien Fernando contestaba a sus insistentes demandas de apoyo militar para las Cruzadas: «No faltan musulmanes en mi tierra». En Portugal predicaba San Antonio de Padua, en Europa Santo Tomás de Aquino y en nuestras tierras hacían su aparición los españoles San Raimundo de Peñafort y Santo Domingo de Guzmán y el italiano San Francisco de Asís. Fray Domingo de Guzmán, terror de los albigenses, fundó en Madrid, el mismo año en que moría en Palencia Enrique I y entraba en escena Fernando III, el segundo de sus conventos de predicadores (5), la Orden cantera de misioneros a los fabulosos países orientales de Persia, India, China y Tartaria. El «poverello» Fray Francisco de Asís también llegó a nuestra provincia en estos tiempos, a predicar el amor a los hombres, animales y plantas, prédica tan eternamente necesaria. En Madrid dejó humilde fundación extramuros, que con los años fué convento y magnífica iglesia de San Francisco el Grande (6). Ni el Rey que reinaba en Castilla, ni el que gobernaba en Francia, ni los pobres frailes que recorrieron las despobladas tierras madrileñas, pudieron sospechar que la Iglesia les haría a todos compañeros en el Altar.

La provincia, como hemos dicho, contaba ya con dos villas de especial renombre: Alcalá, de los Arzobispos de Toledo, y Madrid, de la Corona. La primera creció desde entonces a la sombra de los Arzobispos y también de los favores reales; la segunda, a la exclusiva de los reyes. Las vidas de Alcalá y Arzobispos no pueden desligarse, al igual que ocurre con Toledo, su hermana mayor en tantos aspectos. Las decisivas etapas históricas y monumentales complutenses están jalonadas con nombres de ilustres prelados. El desarrollo de Alcalá se inició con el Arzobispo Rodrigo Ximénez de Rada, navarro de nación, tan buen prelado como valiente guerrero, viajero infatigable, hábil estadista y culto escritor, que abarcó los reinados de Alfonso VIII y Fernando III. Tan pronto le vemos intervenir en la batalla de Las Navas como estudiando en Bolonia y París, o fundando un estudio general o Universidad en Palencia. La muerte le alcanzó en Francia, al regresar a un Concilio en Lyon. A él debió Alcalá la primera edificación del palacio arzobispal (1209), dejando al viejo alcázar o castillo árabe, que había dado nombre a la villa, inhóspito y arrinconado en frontero cerro. En él se alojaron, en el sucesivo correr de los años, arzobispos y reyes, príncipes y magnates. Tras sus recién acabados muros dícese se planeó la batalla de Las Navas, aunque lo más probable es que lo fuera en el alcázar. Desde sus ventanales mudéjares se leyó al pueblo la concesión de «Corte Arzobispal», logrado para la villa por su ilustre prelado, con la obligación de que residiría en ella uno de los dos Vicarios de Toledo. En él hizo presa, en la primera mitad del mismo siglo XIII, uno de aquellos voraces incendios medievales contra los que no cabía defensa. Las irrespetuosas llamas le dejaron malparado hasta los días del Arzobispo Tenorio.

Madrid también dió por entonces su estirón de chico precoz, desenrollando sus murallas hasta abarcar varios arrabales (7), y sintiéndose con fuerzas, desde los privilegios territoriales de Alfonso VII y Almonso VIII, para disputar con la poderosa ciudad de Segovia, hasta entonces indiscutible señora de más de la mitad de la provincia. El territorio en disputa era rico y extenso, alcanzando casi todo el actual partido de Colmenar Viejo y parte del de Torrelaguna, por lo que los litigantes no se contentaban mucho tiempo con las decisiones reales, reapareciendo las reclamaciones con cada nuevo monarca (8). Fernando III se encontró también con tan fatigosa herencia y Diego Colmenares (9) cita un instrumento otorgado por el rey en San Esteban de Gormaz, en 1239, intentando deslindar definitivamente los términos jurisdiccionales de Madrid y Segovia, confirmando de paso la donación de Valdemoro a la ciudad segoviana (10). Acababa de contraer San Fernando sus segundas nupcias y, junto con la nueva Reina Juana, hizo un recorrido por los pueblos de Castilla. Mariana y otros

(4) Hijo de doña Blanca de Castilla, hermana de doña Berenguela.

(5) El primero lo había sido en Segovia y el tercero lo fué en Zaragoza.

(6) Según Mesonero Romanos («El antiguo Madrid. Paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta Villa»), la venida de San Francisco fué igualmente en 1217 y construyó, con sus propias manos, una choza y una ermita (que se conserva luego en la huerta del convento), plantando también unos árboles que iniciaron la carrera de San Francisco.

(7) Mesonero Romanos, op. cit., describe con todo detalle las murallas y sucesivos recintos de Madrid.

(8) V. nuestro artículo «La civilización románica en la reconquistada provincia de Madrid», en el núm. 9 de esta Revista.

(9) Diego Colmenares: «Historia de la ciudad de Segovia». Interesante particularidad de este instrumento fernandino es la de ser el primero, en su género, escrito en lengua castellana.

(10) V. en nuestro artículo cit. de la Revista CISNEROS, el pleito anterior, sobre Valdemoro, entre los obispos, y su donación al de Segovia.

(1) Siguiendo el propósito que nos hemos marcado al iniciar la publicación de estas «Notas históricas», los pueblos de la provincia tienen en ellas nuestra preferencia. Madrid capital, que cuenta con magníficos biógrafos, sólo aparecerá de pasada.

(2) Ya los árabes añadieron al nombre Al-kal'a (fortaleza), el de Nahar o Henares, para distinguir la fortaleza que levantaron en el cerro cercano al río.

(3) En la obra de Gómez Moreno, «El Panteón Real de las Huelgas de Burgos», se reproduce el cráneo de Enrique I. En la fotografía se aprecia cómo le fué cortado un trozo de cráneo para intentar una grosera y desgraciada operación quirúrgica con cuchillo.



*Ultimos momentos de Fernando IV «el Emplazado». (J. Casado del Alisal, pint.)*

historiadores dicen que personalmente comprobó cómo se colocaban los mojones en los límites, acompañado del Arzobispo de Toledo, Obispos de Osmá, Cuenca y Córdoba, Maestre de Calatrava y los Alcaldes Gonzalvo Muñoz, Rodrigo, Roi Peláez y García Martínez, amén de los consabidos hombres buenos. La intención pacífica de Fernando III no pudo ser mejor ni su acción más simbólica. Hasta resulta, a nuestros ojos de hoy, un tanto de sainete ver a un rey, seguido de su Corte, colocando mojones divisorios por montes y breñales. En la práctica poco consiguió, ya que el pleito siguió engordando, constituyendo uno de los más típicos litigios públicos medievales por su complejidad y enorme duración. Prolongóse a partir de Alfonso X con el nombre de «Real de Manzanares» y alcanzó en su fase final privada los días del ilustre don Iñigo López de Mendoza. El propio Fernando III, a los nueve años de su acción

de amojonamiento, hubo de intervenir de nuevo, desde el sitio de Sevilla, para poner orden entre segovianos y madrileños.

Rodeado de su Consejo de doce sabios y de lo más florido de sus caballeros, emprendió el Rey Santo su gran misión histórica de agrandar hacia el Sur el dominio cristiano. Al cabo de seis años de lucha las banderas de Castilla y León flameaban sobre la gran Mezquita de Córdoba y antes de cerrar su reinado las vió plantadas en lo más alto de la torre Giralda de Sevilla. Los madrileños intervinieron en esta campaña, aunque sus hechos de armas no alcanzasen la celebridad del Almirante Bonifaz (11). El apellido de Vargas, con cuna en Fuenlabrada, suena a menudo en esta guerra: Diego Pérez de Vargas obtuvo el añadido de Machuca por las cabezas que «machucó» de moros, y Garcí Pérez de Vargas dejó sus hazañas sevillanas recogidas en rótulo de piedra (12). El caballero Ruiz de Manzanedo, que mandaba las fuerzas del concejo madrileño, se destacó en los cercos de Córdoba y Sevilla, según reza la crónica.

Precisamente la asistencia de tropas madrileñas debió dejar sin brazos guerreros los amplios territorios jurisdiccionales de la Villa, aprovechándose los segovianos para repoblar por su cuenta las localidades de Manzanares y Colmenar Viejo, y originando protestas violentas del concejo de Madrid. Uno y otro litigante quiso tomarse la justicia por su mano. En auxilio de cada concejo acudieron otras villas, y quedó amenazada la retaguardia castellana con una pequeña guerra civil comarcal (13). Fernando III, a petición de sus tropas madrileñas, reaccionó con otra carta, que vino a añadirse a las de sus antepasados y a la suya propia de San Esteban de Gormaz. Nombró un tribunal arbitral, o consejo de jueces, presidido por el Maestre don Lope, el Obispo de Córdoba y el Mayordomo que fué de su madre doña Berenguela, don Ordoño, asistidos de varios caballeros y vecinos, tanto de las dos poblaciones interesadas como de otras «neutrales» (Toledo, Guadalajara, Cuéllar, Medina). El pronunciamiento fué favorable a Madrid y la confirmación real a la Villa lleva fecha 24 de septiembre de 1248 y lugar del «sitio de Sevilla».

Fernando III fué conquistado por el propio país que él conquistó. Andalucía fué para él y sus inmediatos sucesores el lugar preferido de residencia. Sevilla le vió morir en olor de santidad y guardó y sigue guardando su cuerpo incorrupto, que no fué trasladado al panteón real de Las Huelgas. Núñez de Castro (14) dice que como nació santo, el cielo desatendió indicarle

(11) Don Ramón Bonifaz obtuvo, por su decisiva intervención en la toma de Sevilla, el título de Almirante de Castilla, luego de rancia tradición. Atacó con su flota de navíos de Vizcaya y Santillana (Santander), siendo la flota santanderina la primera en entrar en combate; de ahí el navío que figura en el escudo de Santander.

(12) Rótulo sobre la puerta sevillana de Jerez: «Julio César me ciñó de muros y torres altas,—y el Rey Santo me ganó con Garcí Pérez de Vargas».

(13) Colmenares, op. cit.: «Por estos años había poblado nuestra ciudad (Segovia) las villas de Manzanares y Colmenar, que hoy nombran Viejo. La villa de Madrid, por el derecho que pretendía a todo el territorio, intentó deshacer las pueblas. Redújose la contienda a las armas, siguiendo las de nuestra ciudad Medina, Cuéllar y otros pueblos desde Extremadura, y también Cuenca. Las de Madrid siguieron Toledo y Guadalajara».

(14) A. Núñez de Castro: «Vida de San Fernando».



*La muerte aleva de Don Pedro I «el Cruel» (A. Montero y Calvo, pint.)*